
Entrada libre

Pequeña biblia de los jóvenes esposos

Alain Corbin

Tomado de *L'histoire*, número especial "L'amour et la sexualité", Seuil, París, 1984. Traducción de Marcela Dávalos.

A los médicos de fines del siglo XVIII, y aún más a los del XIX, les fascinaba el sexo. Hace ya tiempo que los historiadores —de Michel Foucault a Jean-Pierre Peter y de Yvonne Kniebihler a Jean-Paul Aron— lo han señalado. Ahora bien, la ciencia permite contravenir sutilmente las prohibiciones, ella es la única que autoriza la mirada sobre el cuerpo íntimo. Desde la Restauración, Recamier empleaba el espéculo, gesto que suscitó controversias: incluso ya al finalizar el siglo, se encontraban todavía algunos beatos indignados por considerar la intromisión de ese instrumento como una violencia médica. La coartada científica, cuando es necesario, puede enmascarar la realización del deseo; el doctor Bergeret reporta que un joven médico aliviaba, no sin placer, a sus pacientes histéricas conduciéndolas con sus doctas caricias a tener continuos orgasmos. Este deleitoso recurso terapéutico duró hasta que los familiares de sus clientes comenzaron a alarmarse.¹ En aquel tiempo de lenguaje recatado, la teoría médica autorizó sobre todo el placer de decir la sexualidad.

Me limitaré únicamente a ese discurso sustentado por los médicos practicantes. Contrariamente a lo que Michel Foucault piensa,² no creo que los médicos del siglo XIX hayan mostrado más interés en perseguir las desviaciones, que en hablar de las relaciones conyugales. Ocurre simplemente que los historiadores contemporáneos le han dado más importancia a los atormentados análisis de los alienistas, al teatro de la histeria, a la taxonomía de las perversiones o a los anatemas proferidos en contra de los penes extraviados que a esos innumerables, pero más insípidos manuales, redactados por autores sin gran talento, que intentaban convertirse en guías de juegos conyugales para sus lectores eventuales.

No trataremos aquí ni de atentados en contra de las costumbres, ni de prácticas "antifísicas" o estimulaciones eróticas, sino, para retomar el vocabulario de nuestros autores, de aquellas extensas explicaciones dedicadas al coito, a la copulación y a los abrazos conyugales; en pocas palabras, al conjunto de exhorta-

Las conminaciones médicas se expresan tras la cubierta de la "higiene sexual": lo escabroso se encuentra así aseptizado. Y aun así, en ocasiones se transparenta el autoritarismo de las intenciones.

ciones que el doctor Montalbán —tan sólo un ejemplo— se esforzó por resumir, en 1855, en su *Pequeña Biblia de los jóvenes esposos*.³ Su tono es propio. Decir la sexualidad imponía entonces una estrategia justificatoria: convenía lanzar anatemas contra las desviaciones y cargar con siniestras predicciones cualquier acto que no apuntara hacia el coito disciplinado. Nuestros médicos muestran un gran respeto hacia el hecho conyugal, manifestando una suerte de timidez cada vez que se refieren a ese "altar" doméstico. En este discurso está implícita la fidelidad que los esposos deben profesarse.

Las conminaciones médicas se expresan tras la cubierta de la "higiene sexual": lo escabroso se encuentra así aseptizado. Y aun así, en ocasiones se transparenta el autoritarismo de las intenciones. El poder médico podía mostrarse con tanto menos maquillaje, cuanto no se pensaba todavía ponerlo en duda. Escuchemos al doctor Bergeret en ciertas fichas que ilustran claramente este autoritarismo; respecto a una pareja ilegítima escribe estas breves anotaciones: "Proscribo severamente las relaciones irregulares (. . .) las personas jóvenes se casan: embarazo; curación". El médico prohibió el coito a un hombre de 49 años por lascivo: "Llega de madrugada —informa nuestro practicante— a pedirme, casi con lágrimas en los ojos, si puedo permitirle una mujer siquiera cada ocho días". Bergeret permaneció inflexible.

La lectura de los capítulos dedicados al "coito" o a la "cópula", conduce a una primera constatación que no deja de sorprender: los médicos exaltan ahí, abiertamente, el goce sexual. Acuerdan, entonces, considerarlo como el mayor de los placeres, pero curiosamente —al menos a primera vista— sólo relatan las formas orgásmicas del acto, cuidando precisar, muchas veces, que no por eso son menos repugnantes y seguidas del asco. En estas obras no hay nada sobre el placer fríamente calculado. Aquí sólo se trata de "eretismo", "espasmos", "estremecimientos" voluptuosos o "hálitos de fuego". Nuestros estimados científicos rayan en la poesía; rivalizan con el arte de la metáfora fulgurante: hacen entreabrirse los cielos, sonar el clarín o retumbar los truenos. Este énfasis, tiene una explicación: el misterio de la eyaculación. Ahí el hombre se iguala con Dios, o cuando menos con la Naturaleza. La creación, que asegura la sobrevivencia de la especie, es el pretexto del placer; el médico sólo aspira a ser un modesto cantor de esta grandiosa dramaturgia.

A pesar de esto, un destino fatal acecha al esposo demasiado pródigo: resulta que el más intenso de los placeres echa a andar a la más peligrosa de las funciones orgánicas. Aquí son necesarias algunas palabras aclaratorias. Estos textos médicos, herederos de una lejana tradición hipocrática, aristotélica y galénica, reconocen, explícitamente o no, la primacía de lo sexual sobre la economía. La razón es clara respecto a la mujer: se sabe cuán numerosas son las obras que subrayan la importancia de la pubertad, las decisivas consecuencias de las primeras relaciones, los imperativos de la higiene en la menstruación y, más aún, la gravedad del cambio que constituye la menopausia. Pero nuestros autores

insisten de la misma manera, si no es que más, sobre la importancia de la sexualidad en el hombre; tema que la historia de la sexualidad, frecuentemente de inspiración feminista, tiene tendencia a olvidar. El espasmo masculino, voluptuosidad suprema, exige, según los médicos de aquel tiempo, una gestión severa, de cuidado. La economía espermática, que definieron los científicos franceses, fue un tema que preocupó también a los médicos británicos de la era victoriana. La emisión de este líquido seminal “vida en estado líquido” según el doctor Réveillé-Parise,⁴ “el más puro extracto de la sangre” según el doctor Alexandre Mayer,⁵ exige un intenso esfuerzo. ¿No se calculó que la pérdida de 30 gramos de esta substancia, señala el doctor Garnier,⁶ “equivale a 1 200 gramos de sangre?” Es así como se impone evitar el desperdicio, es decir, la emisión inconsiderada. Saber economizar esta fuerza prolonga la vida y suscita el genio. El concepto freudiano de sublimación tiene largas raíces.

Me parece que tenemos ahí el hilo conductor. Las obras médicas funcionan como manuales de administración espermática. En cada página se encuentra el fantasma del desperdicio. La termodinámica enseña que el calor se transforma en energía, de la misma manera, el placer creador lleva a la pérdida de vitalidad: “Cada vez que el individuo finaliza el acto de procreación, escribe el doctor Seraine, para alumbrar una vida nueva, dona una porción de la suya”; “(. . .) A la ciencia le toca conducir una fuerza a la vez tan seductora como temible, de la cual el exceso es el mayor mal de estos tiempos”.⁷ De ahí los interminables debates dedicados a los efectos benéficos —o dañinos— de la continencia masculina; de ahí los rayos y centellas en contra de la masturbación y el desenfreno prenupcial; de ahí los repetidos anatemas en contra de los “fraudes conyugales”.

Jean-Louis Flandrin y John T. Noonan mostraron la gran atención que la iglesia, a partir de 1850, dio a esa nueva peste bautizada de “onanismo matrimonial”. La expresión designa todas las maniobras que, en el seno de la pareja legítima, procuran placer sin riesgo de embarazo. Este pecado multiforme puede conducir a la condena eterna de los fieles y al despoblamiento de la patria; para los ojos médicos el riesgo es, sobre todo, el de desvitalizar a los hombres y “enervar” a las mujeres.

Nuestros científicos conformaron minuciosamente el catálogo de estos “fraudes”: coito interrumpido; masturbación recíproca —calificada de “servicio innoble”— caricias buco-vaginales y coito anal. Además, el doctor Bergeret y otros denuncian con la misma virulencia la copulación con la esposa estéril y con la mujer menopáusica: dos figuras inductoras al mal, a los amores inútiles, tempestuosas y excesivas, a las que ningún temor hace contener los desbordamientos. Amenazas para la moral, estas Mesalinas conyugales adoran “entregarse a coitos desenfrenados”⁸ que agotan a sus parejas. La lectura de estos anatemas permite a las mujeres de hoy, practicantes de la píldora y del dispositivo intrauterino, bajo la mirada aprobatoria de los organismos de la salud, medir la zanja cultural que separa a los médicos del siglo XIX de los practicantes de la planeación familiar.

La lectura de estos anatemas permite a las mujeres de hoy, practicantes de la píldora y del dispositivo intrauterino, bajo la mirada aprobatoria de los organismos de salud, medir la zanja cultural que separa a los médicos del siglo XIX de los practicantes de la planeación familiar.



... la reflexión científica, desde una perspectiva calculadora, que es la suya, ubica a la sexualidad bajo el signo de la aritmética.

A este respecto son necesarias algunas explicaciones: los médicos del siglo XIX no dejaban de repetir que, en su estado natural, la mujer se encuentra dotada de una capacidad de placer continuo que rebasa por mucho a la del hombre. Esta evidente superioridad engendra una obsesiva aritmética; varios científicos intentaron calcular las potencialidades respectivas de ambos sexos, sin duda con la esperanza de exorcizar la angustia que suscita la imagen de una mujer insaciable. El dedicado Pierre Larousse señala terminantemente en su diccionario, que una mujer en este sentido equivale a dos hombres y medio. Entre la población masculina la ansiedad crece con el tiempo; nunca hubo tanta compasión por el ocaso de la virilidad, como en las dos últimas décadas de este siglo. La germanofobia influyó en los cálculos: los alemanes, afirma Montalbán, "son como uno es a cuatro en relación a nosotros", pero esta superioridad proclamada no parece suficiente para calmar a los gallos galos.

De una manera más general, la reflexión científica, desde una perspectiva calculadora, que es la suya, ubica a la sexualidad bajo el signo de la aritmética. Esto es válido además para todo el cuerpo social. Mientras los encargados de las casas de tolerancia vigilan que los clientes no "dobleteen", el joven Víctor Hugo anota en sus libretas los resultados de su noche de bodas y Michelet resume en su *Diario* sus coitos anuales, con la misma preocupación de precisión que impulsaba a Sade o a Restif a indicar al lector el número de orgasmos que inundan a sus personajes.

No nos sorprenderemos, desde entonces, de ver a nuestros médicos del siglo XIX —feroces enemigos de cualquier maquinación voluptuosa— debatir sobre el número de eyaculaciones que convenía recomendar a sus lectores y esforzarse por construir una escala numérica de resultados graduada según la edad de los esposos. Generalmente, después de haber recordado los increíbles marcadores obtenidos por ciertos grandes personajes de la historia, los practicantes conceden a un hombre joven y vigoroso, dos o tres coitos semanales; en cuanto al esposo que raya los cincuenta, deberá conformarse con una eyaculación cada tres semanas. Por el contrario, las advertencias divergen un poco en relación a la edad conveniente para suspender toda relación: ciertos médicos consideran que los cincuenta años constituyen un límite razonable; otros, sin duda de mayor edad, como el doctor Garnier, admiten los juguetes de los quincuagenarios, pero con prudencia. Más adelante, se impone la prohibición.

Esta aritmética no es la misma para la mujer. Y por fortuna, ya que, señalará el doctor Louis Fiaux,⁹ es lo que nos preserva de su tiranía; en realidad la superioridad femenina en el dominio del placer es sólo virtual, porque contrariamente al del hombre, el deseo femenino debe ser provocado. En 1880, el mismo Dr. Fiaux concedió, cuando mucho, que "la crisis reproductora o deseo de unión" que se renuevan cada tres o cuatro días en el hombre, en la mujer aparece cada tres semanas. Ahora se comprende mejor el por qué del inmenso peligro de los "fraudes conyugales": cada esposa decente es en potencia una insaciable

retozona, por lo que al esposo le toca impedir esta funesta metamorfosis, evitando provocarla con excesivas y peligrosas caricias.

Pero hay más: el marido cuanto más pródigo sea, más se agota y desperdicia, mientras que el exceso trastorna la sangre y destroza los delicados nervios de la esposa, que no logra calmar al semen masculino. "El flujo de la sangre (escribe Bergeret) bajo la influencia de fraudes repetidos, puede ser tal, que la mujer sea presa de una tremenda hemorragia". "El me enerva demasiado, mi salud no soportará", confía en su mejor amiga una de sus jóvenes pacientes víctima de las maniobras voluptuosas de su marido.

Bergeret constituye ciertamente un caso extremo, no todos los médicos piensan como él; ciertos practicantes, en realidad muy pocos, al día siguiente del descubrimiento de la ovulación, llegaron incluso a recomendar un método contraceptivo que se fundaba en el conocimiento de las etapas del ciclo menstrual. Con todo, nuestro eufórico practicante no deja de ser menos interesante, ya que un paso más allá de sus propuestas permitió que la mayoría de sus colegas siguieran el camino y comprendieran mejor las normas establecidas.

Para la mirada médica, la capacidad de fecundar es un asunto que tiene más importancia que cualquier otro. El feliz término del coito lleva implícitos el vigor del varón y la rapidez del acto; si el borracho se retrasa en el amor, es que perdió la fuerza para fecundar. Otra razón para rechazar la complacencia de los placeres: ésta arriesga comprometer la calidad del producto de la fecundación.

Así se entiende por qué en esta literatura nunca se plantea el problema de la eyaculación precoz. El vigor necesario explica también por qué el coito matinal sea preferible a cualquier otro. Ya lo sabían los jesuitas de Paraguay, nos recuerda el doctor Seraine, pues hacían tocar la campana de los poblados una hora antes del momento de levantarse; no obstante, a quien desee satisfacer a su esposa por la tarde, después de comer, es mejor, por la misma razón, esperar a que termine la digestión. Por supuesto, el coito no es aconsejable a los enfermos o a los individuos que han bebido. Los hombres entregados a labores literarias harían mejor, considera por su parte el doctor Réveillé-Parise, en abstenerse totalmente durante la redacción de sus obras,¹⁰ ya que la copulación "obscorece la mente"

Esta serie de exhortaciones concuerda con lo que se puede saber sobre la duración de las relaciones conyugales en el siglo XIX. En 1906, en una obra ampliamente difundida entre los medios cultivados, el sexólogo suizo Auguste Forel¹¹ llegó a la conclusión de que, entre su clientela burguesa, la duración media del coito era de tres minutos. Se sabe que algunos decenios más tarde, Kinsey llegará a un resultado similar.

Si a sus ojos, el buen funcionamiento espermático y el éxito de la fecundación constituyen los fines esenciales, se habrá ya presentado que el comportamiento de la mujer no deja indiferentes a nuestros médicos. Sabemos que el placer de la esposa,

Para la mirada médica, la capacidad de fecundar es un asunto que tiene más importancia que cualquier otro.



*La totalidad de los higienistas,
obsesionados por los riesgos que
presentan las excesivas
capacidades del otro sexo,
negaron a la esposa toda
iniciativa. . .*

en exceso, se les plantea como un difícil problema. El orgasmo femenino inspira explicaciones contradictorias: alimenta la controversia. En este dominio las teorías se sobreponen cual tejas en un tejado, por lo que sería vano querer determinar, con mucha precisión, las rupturas en la actitud, frecuentemente irracional, de los médicos desconcertados ante un problema que les suscita gran ansiedad. Queda, sin embargo, la posibilidad de distinguir, muy esquemáticamente, tres etapas:

1. Bastante tiempo después del descubrimiento del espermatozoide, persistió la creencia, que data de Galeno, de la necesidad del orgasmo femenino en el acto de procreación. A finales del siglo XIX, ciertas mujeres aún se esforzaban por no gozar a fin de evitar todo riesgo de concepción. Numerosas fueron las esposas asombradas con los síntomas de un embarazo que no había sido precedido de una experiencia voluptuosa. Tal creencia en la necesidad del espasmo venéreo hubiera podido conducir a la justificación, o si no, a la exaltación del placer femenino. Pero aquí entra en juego el pudor. La totalidad de los higienistas, obsesionados por los riesgos que presentan las excesivas capacidades del otro sexo, negaron a la esposa toda iniciativa; rechazaron las manifestaciones de una sexualidad femenina ávida, negando incluso su existencia. Al esposo le toca reglamentar "la enervación" de la mujer, de quien es responsable. Al hombre se le confía una triple misión: le es necesario combinar la reserva espermática y la fecundación vigorosa, a reserva de evitar a su pareja una excesiva voluptuosidad venérea, de lo contrario arriesgará desencadenar los "furores uterinos", esas fuerzas telúricas que dormitan en la mujer normal y revelan su existencia en las ninfómanas e histéricas.

Resulta obvio que la misión ordenadora del marido será facilitada por la virginidad de la recién desposada: ésta obedecerá mejor a quien la ha iniciado. La teoría de la impregnación, según la cual la mujer guarda de una manera indeleble la huella espermática de su primer compañero, aumenta el precio acordado a la virginidad de las prometidas. El profesor Alfred Fournier, miembro de la academia de medicina, aún escribe en 1891: "Se cuenta que una mujer blanca, luego de haber sido fecundada por un primer marido negro, quedó viuda, se volvió a casar con un blanco y tuvo de éste hijos que representaban sobre ciertas partes de la piel la pigmentación característica de la raza negra".¹²

2. Bajo la monarquía de Julio, Pouchet y Négrier descubren los mecanismos de la ovulación. La mujer deja de ser una simple matriz, para participar en el acto creador; aún más, se le identifica con la Naturaleza. Esta promoción tendrá su costo. La automatización, o mejor dicho, la espontaneidad de la ovulación vuelve inútil, de aquí en adelante, al espasmo voluptuoso. No hay necesidad de gozar para concebir. Solamente el orgasmo masculino es indispensable. Procurar placer a la mujer será menos importante que cubrirla con atentos cuidados. Así se comportaba Michelet con respecto a su joven pero pasiva Athénais. El doctor Moreau de la Sarthe ¿no escribía que una mujer

frígida concibe más fácilmente porque retiene mejor el semen que una esposa en delirio?

Por muchas décadas los hombres pudieron, con toda tranquilidad, olvidar las reacciones de sus compañeras. Mientras el fantasma de la gestación espermática tuvo su apogeo, la moral llamada victoriana triunfó en Occidente; periodo negativo para la mujer durante el cual la necesidad del placer le ha sido oficialmente negado. Pasarán varias décadas antes de que la mayoría de los médicos ordenen nuevamente a los esposos hacer disfrutar a sus compañeras. Para esto será necesario esperar a la posguerra y al desarrollo de la nueva sexología.

3. En el seno del ambiente médico, a excepción de Madeleine Pelletier y de algunos médicos neomalthusianos marginados, varias voces se manifestaron desde finales del siglo XIX para reclamar el derecho de la mujer al placer. Théodore Zeldin¹³ subraya la importancia del libro del doctor Dartigues, aparecido en 1878 y titulado: *Del amor experimental o de las causas del adulterio en la mujer durante el siglo XIX*. Sin embargo, es muy importante no confundirse con este intento. La literatura médica, de entre la cual este practicante se ubica como el más célebre de los representantes, no pretende en absoluto la emancipación sexual de la mujer. No se trata de una defensa del amor libre. Dartigues considera el placer de la esposa como la mejor garantía de su fidelidad: es el temor al adulterio el que lo lleva a aceptar las caricias. Los agradables estímulos preliminares, el orgasmo de la novia y eso que el doctor Montalban llama "el acuerdo entre los amantes", pertenecen a la nueva definición de la pareja, armoniosa y fraternal, que los progresistas se esforzaron por delinear; imagen que tomará mucho tiempo en precisarse. Es conveniente no subestimar este modelo en tanto que contribuyó a modificar las formas del deseo. Cambio definitivo que se manifiesta claramente en 1885, con el nuevo tono empleado por el doctor Montalban al escribir así: "La acción debe ser lenta, íntima, los abrazos suaves".

Pero regresemos a aquello que, a los ojos del cuerpo médico, constituye lo esencial: la economía espermática y la gestión orgásmica de la mujer permanecen orientadas hacia el éxito de la fecundación. Los higienistas del siglo XIX rescataron para su saber, parcialmente renovada, aquella vieja buena calipedia —arte de hacer hermosos niños. Las normas que definieron con este propósito concuerdan frecuentemente con los antiguos preceptos. La calipedia, encargada de las nuevas ansiedades —luego de los escritos del doctor Prosper Lucas y de Benedict Morel— tales como el terror que inspiraban la herencia mórbida y la degeneración, y de igual manera el eugenismo —que tendió a desarrollarse a finales de siglo con el progreso del darwinismo social— contribuyeron a dramatizar el acto de la procreación.

Para tener hijos hermosos se debe guardar cierta conducta: el médico es quien indicará lo que conviene hacer. Por esta razón nuestros practicantes dan una nueva importancia a la noche de bodas; preocupados por lo que en ella pudiera suceder, se obsesionaron —sobre todo a finales del siglo— por esto que el doctor

... la moral llamada victoriana triunfó en Occidente; periodo negativo para la mujer durante el cual la necesidad del placer le ha sido oficialmente negado.



Con el correr de las décadas, los consejos que trataron de la hora, época o clima más favorable para la fecundación, tuvieron cada vez menos sitio en el discurso médico.

Corveaud llamó “el animal en celo”, el ataque “del hombre instintivo en toda la ferocidad que encierra el término”,¹⁴ o dicho en pocas palabras, por el temor a la “violación matrimonial”. Pero la noche de bodas oculta una amenaza aún más temible: el encuentro inesperado con una prometida virgen pero experta; algo suficiente para dejar el alma del ingenuo mozo llena para siempre de asco, cuando no de terror. La habilidad masculina y el pudor femenino tienen la obligación de evitar caer en cualquiera de esos dos peligros: el de la violación y el de la fogsidad comprometedora.

Para todos nuestros médicos, la denominada posición del misionero resulta una postura de acoplamiento razonable. Desde la óptica del doctor Montalban, bastaría la búsqueda del placer —nunca antes se había utilizado este argumento— para justificarla; ciertamente “multiplicar los puntos de contacto provoca las sensaciones más placenteras”, de tal modo que si la mujer se excita demasiado, es preferible que se acueste de lado. A pesar de todo, los científicos —fieles al buen viejo Lignac, al que citan a menudo, como a Nicolas Venette,¹⁵ reeditado constantemente— permiten a los esposos hacer todo aquello que sirva a la fecundación. Solamente conviene evitar eso que el doctor Garnier llama las “posturas ilegítimas”, gimnasia inútil, culpable refinamiento del placer que arriesga provocar el aborto, cuando no la esterilidad. Sin duda, nuestros autores tienen en mente a l’Aretin, Brantome, Sade y Restif aunque no lo mencionen; sin embargo escuchan a las parejas que, confundidas, solicitan sus consejos en la materia. “Los esposos, escribe el doctor Garnier, deben consultar a su médico, único en poder dictaminar la posición más adecuada”.

Con el correr de las décadas, los consejos que trataron de la hora, época o clima más favorables para la fecundación, tuvieron cada vez menos sitio en el discurso médico; sus figuras se volvieron rápidamente arcaísmos. No así con las exhortaciones que fijaron los lugares de acoplamiento; la unión de los esposos no podría desarrollarse fuera de la recámara, “santuario del amor y de la maternidad”. “Un buen lecho es el único altar en donde se puede cumplir dignamente con la obra de la carne”, afirma perentoriamente el doctor Montalban. El misterio debe operarse en la sombra, lo cual resulta obvio, cuando vemos que el joven esposo no podía pedir a su púdica mitad verla desnuda; “vestida de aire y luz”. El autor de la *Pequeña Biblia* proscribía severamente la presencia de todo espejo en el interior de este nido conyugal. Para tener hijos hermosos es necesario impregnarse de la grandeza del acto. “Que el silencio y el recogimiento, prescribe por su parte el doctor Coriveaud, presidan a vuestros esparcimientos íntimos”.

Nunca sabremos en qué proporción los jóvenes esposos se sintieron obligados a inspirarse en esta sabia biblia que les estaba complacientemente destinada. Lo que queda de este discurso normativo, es que nos permite comprender mejor un sistema de imágenes de la sexualidad del cual nos alejamos a una velocidad cada vez más acelerada.

Notas

- 1 Dr. L. -F. Bergeret d'Arbois, *Des fraudes dans l'accomplissement des fonctions génératrices*, Paris, J. -B. Baillière, 1868.
- 2 Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, t. I, "La voluntad de saber", México, Siglo XXI, 1981.
- 3 Paris, Flammarion, 1885.
- 4 Citado por Dr. Seraine, *De la santé des gens mariés ou physiologie de la génération de l'homme et hygiène philosophique du mariage*, Paris, 1865.
- 5 Dr. Alexandre Mayer, *Des rapports conjugaux considérés sous le triple point de vue de la population, de la santé et de la morale publique*, Paris, J. -B. Baillière, 1857.
- 6 Dr. P. Garnier, *Le mariage dans ses devoirs, ses rapports et ses effets conjugaux*, Paris, 1879.
- 7 *Op. cit.*
- 8 Dr. Bergeret, *op. cit.*
- 9 Dr. L. Fiaux, *La femme, le mariage et le divorce. Etude de physiologie et de sociologie*, Paris, 1880.
- 10 Citado por Yvonne Kniebiehler, "Les médecins et l'amour conjugal au XIXe siècle", *Aimer en France*, Université de Clermont-Ferrand, 1980.
- 11 Auguste Forel, *La question sexuelle exposée aux adultes cultivés*, Paris, G. Steinheil, 1906.
- 12 Citado por A. Corbin, "L'hérédosyphilis ou l'impossible rédemption", *Romantisme*, 1981, p. 31.
- 13 *Histoire des passions françaises*, t. I, 1978 (coll. Points-Seuil).
- 14 Dr. Coriveaud, *Le lendemain du mariage*, Paris, J.-B. Baillière, 1884.
- 15 El primero es el autor de *De l'homme et la femme considérés physiquement dans l'état du mariage* (1772) y el segundo del célebre *Tableau de l'amour conjugal* del cual la primera edición data de 1687 y fue regularmente reeditado hasta 1955.

El "sistema francés", una masa de reglamentos que se desarrollaron durante y después del Consulado, funcionó de modelo para toda Europa.

Sexualidad comercial en Francia durante el siglo XIX: Un sistema de imágenes y regulaciones

Alain Corbin

Tomado de *Representations*, núm. 14, Primavera de 1986. Traducción de Antonio Saborit.

A los ojos de las abolicionistas del siglo XIX, en especial de Josephine Butler, Francia fue la patria de la reglamentación. El "sistema francés", una masa de reglamentos que se desarrollaron durante y después del Consulado, funcionó de modelo para toda Europa. Hasta en la Gran Bretaña, el Acta de Enfermedades Contagiosas de 1866 se inspiró en este sistema. En consecuencia, no podemos pasar por alto su importancia.

En sus respectivos discursos, las autoridades municipales, los higienistas, la policía y el poder judicial buscaron justificar con claridad —tal vez con demasiada claridad— sus disposiciones para regular la prostitución. Reiteraron un pequeño número de argumentos que en muy poco tiempo se volvieron estereotipos. Estos argumentos, que conllevan un discurso denotativo, se pueden agrupar en tres categorías.